

PACHO VALENCIA



El espíritu frívolo

y otros poemas festivos



Francisco "Pacho"

Valencia Camargo

Pamplona, Colombia, 13 de noviembre 1872 — Ciudad de Panamá, Panamá, 2 de marzo de 1932. Hijo del general Juan Bautista Valencia Ramón y Gertrudis Camargo González. Poeta y diplomático. Frecuentó la Gruta Simbólica, tertulia literaria que tuvo su génesis en las de la 'Sociedad de Gutiérrez González' y 'El Club Zaratustra'. Primer bardo simbolista de Norte de Santander.

Cursó estudios de Filosofía y Letras en la Universidad del Rosario donde fue discípulo del intelectual Antonio Gómez Restrepo y los eminentes sacerdotes Carlos Cortés Lee y Rafael María Carrasquilla; y de quien fuera presidente de Colombia, Miguel Abadía Méndez. Secretario de Instrucción Pública en N. de S., Cónsul de Colombia en San Francisco, (EE. UU.), y Panamá. Tradujo del inglés *El significado de la historia*, del filósofo e historiador norteamericano William James Durant.

Colaboró en varias revistas y periódicos culturales de comienzos del siglo XX, tales como *Trofeos*, *Semana*, *El nuevo tiempo literario*, *El Grafico*, *El Tiempo* y *Bogotá ilustrado*, en este último fue publicado el 18 de julio de 1907 el poema *El Canto del Felibre*, una de sus más emblemáticas producciones y con el que ganó la Violeta de Oro de los Juegos Florales, organizados estos por el gobierno del general Rafael Reyes.

PACHO VALENCIA

El espíritu frívolo

y otros poemas festivos

Título:

El espíritu frívolo y otros poemas festivos

© Francisco “Pacho” Valencia Camargo

Investigación y compilación:

Cristian Stapper Buitrago y Edwin Leonardo Avendaño Guevara

Diseño, diagramación e impresión:

Arte Impreso Cúcuta S.A.S

Cúcuta — Colombia

ISBN: 978-958-49-8264 -3

Impreso en Colombia — Printed in Colombia

2022

© Todos los derechos reservados.



Pacho Valencia

Francisco “Pacho” Valencia Camargo

Pamplona, Colombia, 1872 —

Ciudad de Panamá, Panamá, 1932

“Pacho Valencia, noble señor de stirpe rancia,
que decoró de nobles blasones su existencia,
príncipe de la forma, gentil Pacho Valencia.”

Rafael Ortiz González

PROEMIO

Esta publicación pretende hacer justicia con la obra del poeta Pacho Valencia y contribuir, como herramienta de urgencia, a alimentar el espíritu de quien la lea, a través de la belleza. Es menester entonces, dedicarla con gratitud a Carlos Valencia, a “Tuy” Valencia, a Susana Valencia, a Margarita Valencia y, a Helena Valencia, sobrinos del poeta y quienes recitaban con solvencia e imprimieron en la memoria de quienes les sobrevivimos, los poemas de las “Liturgias de la Tierra”, en victoria parcial contra el olvido.

Una publicación de las “Liturgias de la Tierra” de Pacho Valencia, hecha por la Gobernación de Norte de Santander en los años cuarenta del siglo pasado, no superó la etapa de pruebas. Y otra, más reciente, adolece de errores de transcripción que, pese a hacer incomprensibles los poemas, no alcanza a opacar el esfuerzo de sus editores por resaltar la obra del poeta pamplonés.

Algunos poemas del autor son de difícil lectura hoy. No en vano hacía parte del movimiento simbolista. Referencias a la mitología griega y a la poesía provenzal, se mezclan con reminiscencias de Fray Luis de León y Santa Teresa de Jesús, que parecen pasear cómodamente por la Pamplona de su infancia, apodada no hace tantos años y con justicia, “Pamplonilla la loca”. Quizá, como contraprestación por saber conjugar el misticismo con la sensualidad terrena, aún hoy, en Chinácota, el viento mece las hojas de los árboles de eucalipto que llevó hace cien años, desde Panamá, donde murió, en el año 1932.

Presentamos veintisiete poemas, dentro de los cuales, hay uno inédito, conservado en el archivo familiar, e incluimos

“El canto del felibre”, ganador de la violeta de oro en los juegos florales de la “Gruta Simbólica” de 1907.

Agradezco el interés y el apoyo del padre Edwin Leonardo Avendaño, comprometido con la cultura de Norte de Santander y promotor de la expedición conmemorativa de las estampillas de poetas de ese departamento, ocasión desde la cual nos propusimos seleccionar algunos poemas de Pacho Valencia y cotejar las publicaciones de periódicos de comienzos del siglo pasado, para preservar la pureza del texto original y para respetar la belleza de la pluma de Pacho Valencia. Excusará el lector que se conserve la ortografía de comienzos del siglo XX y, probablemente notará la licencia poética de una palabra en uno de los versos.

Queda en manos del lector la belleza de una métrica intemporal, que asiste, con juegos de palabras, mensajes evidentes y hasta ocultos, para elevar el espíritu, con lo profano y lo divino, desde la corrección y el dominio del idioma y, acude, a los 150 años del nacimiento de Francisco Valencia Camargo, para reiterar que la cultura, como el amor por la naturaleza, es fuente perenne de esperanza y de alegría.

Cristian Stapper Buitrago

El espíritu frívolo
y otros poemas festivos

I. Dualidad

A Eduardo Echavarría

Yo tengo un alma dúplex: ayer en mi camino
lloré sobre los brazos de una cruz de madera;
y otro día en la fuente que fluye en la pradera,
me conturbó la forma de un flanco femenino.

Yo tengo un alma dúplex: el alma del Rabino
que dijo la parábola bajo la verde higuera,
y el alma tumultuosa de Pan, que en la ribera,
les ofreció a las ninfas hexámetros y vino.

¿Qué anhela el alma mía? ¿Subir por el Calvario
a la ciudad que guarda con su poder, los sellos,
del libro que abrió el dulce Cordero del Santuario?

¿O marchar con su flauta, por la ruta armoniosa
de Eleusis, enlazados con yedra los cabellos,
a compartir el tálamo nupcial de alguna diosa?

II. Consolatrix afflictorum

María, gracia plena, collado en que culmina
un lirio con frescura del agua del Jordán;
marfil de torre insigne; puerta de la divina
ciudad á donde todos los afligidos van.

Los profetas te vieron, estrella matutina
que ayudas al rocío para que abunde el pan;
por ti baló el Cordero sobre Salem, colina
donde las corzas níveas de la pureza están.

Yo vengo de la tribu que malgastó en el predio
del Belcebú sus dones; clavados traigo en medio
del corazón los siete puñales del dolor;

contrito estoy y triste: quedaré salvo y sano,
si tú, Consoladora, me llevas de la mano
al dulce valle místico que verdecio de amor.

III. Jaculatoria

Como Santa Teresa,
mi hermana en el Señor,
anhelo vivir presa
de un éxtasis de amor.

Llévame a tu collado,
dulce pastor del bien
y quedará arrobado
mi corazón. Amén.

V. Jaculatoria

El melodioso y bueno
San Francisco de Asís
te alabó, Nazareno,
por el tallo de un lis.

Que yo te adore, oh triste
Cordero de Belén,
porque nos redimiste
por el amor. Amén.

V. Jaculatoria a Deméter

¡Oh Tierra, oh sacra Tierra!, concédenos los dones
de un espíritu ecuánime y un hígado robusto,
rojo de sangre ubérrima: muéstranos el venusto
collado en que se ensanchan de amor los corazones.

Tú, que nutres las águilas, que das la vid, que pones
verdor sobre los montes, mundifica el adusto
sentido de los réprobos que hallaron en el gusto
de tu licor acíbar fatal de turbaciones.

Haznos amplios y dúctiles como los mares, danos
sinceridad sin límite para sentir, frescura
de pino verde, gloria de laureles paganos.

Infúndeme tu espíritu, seré como cocuyo
de luz sobre la selva y alondra de la altura,
porque suave es la brisa y leve el peso tuyo.

VI. Liturgias de la tierra

Salmo del buen hijo

¿Maltratar á la Tierra, la madre? Los perjuros
lo harán y los bellacos, yo nunca lo he podido:
para hacerme en un reino de cien palmos un nido,
ella me dio unas pajas y unos aromas puros.

Me dio luz, una viña para vestir los muros
paternos; en las formas de la Venus de Gnido
para el placer me ensaya; tengo un bíceps fornido
porque me ungió con óleo de los granos maduros.

Seré fiel á la Tierra porque la Tierra brilla
para sus hijos; ella le dio aptitud al ojo
para ver en la fuente más allá de la orilla.

No quiero serle grave; pesar sobre su seno
benefactor lo menos, pesar como un manojo
de violetas atado con la fibra de un heno.

VII. Carcelero

Abre bien la ventanilla
de hierro de mi prisión;
no me robes, carcelero,
mi heredad, la luz del sol;
mira, es mi única riqueza
la luz que me manda Dios.

Carcelero, cuando muera,
te pido por el amor
de tu madre, un pedacito
de tierra que bañe el sol,
para que me nazcan rosas,
rosas sobre el corazón,
cuando me cobije el premio
de luz que me mande Dios.

III. Elogio de la curva

La curva es el oriente de la gracia, la recta
no está en los ademanes con que el amor convida,
ni en las cinturas ágiles, ni en la mano florida
que anhela asir un pecho de morbidez perfecta.

La curva es por su modo variable, predilecta
del numen de las cosas: se ofrece en la caída
del agua, en los racimos, en la grupa fornida
del potro, y en el ápice de la montaña erecta.

Adquiere tú la dúctil esencia de la curva,
que hace bellas las cosas, que está en la azul esfera,
en el junco, en el lirio, y en la boca que turba
con un beso otra boca. Vete por el concentro
del orbe con fácil gracia de la bandera
desplegada a la múltiple insinuación del viento.

IX. Leyenda de oro

El corazón inmenso de la Tierra es el oro.
Y hubo un enano, suma de zorro y de milano,
que desgarró la entraña cordial, y muy ufano
se fue a su tribu: estaba reluciente y sonoro.

Mas vino que un pigmeo, sabedor como un toro
lanzose en la vereda que llevaba el enano,
y lo contuvo a golpes y le mordió la mano,
febril, desatentado del brillo del tesoro.

Y llegaron las hembras del reino y los gigantes,
y se mordieron ávidos, rabiosos, sin sentido
sobre los amarillos montones fulgurantes,
que cuanto más batidos, movían más deseos
porque eran más lucientes...Y después han seguido
mordiéndose sin tregua gigantes y pigmeos.

X. Buen humor

Tenemos de reírnos de muchas cosas buenas
— buenas, según los tontos de los alrededores —
y de honrar muchas malas — malas según doctores
amarillos del ácido que les corre en las venas —.

Hay Buen Humor que sabe tornar en curvas llenas
de la gracia de un flanco de mujer los mayores
ángulos agresivos, risa de burladores
que matan a sonoras carcajadas las penas.
Tratemos con la risa del Buen Humor las cosas
forjadas con malsanos designios por la gente
que gira en torno nuestro con bocas espumosas.
Formémonos un tórax fortalecido y ancho
donde quepa por modo gentil y holgadamente
el buen humor sabroso de Rabelais y de Sancho.

XI. Santa locura

“Trabaja, come y duerme: las tres operaciones capitales. Es todo”. Así manda el banquero Sancho Panza. Y en veces esto es lo más certero, a no dudarlo, máxime las buenas digestiones. ¡Mas oh! Santa Locura, cuarto de los blasones de azur de Don Quijote, qué fuera del sendero de la vida sin gestas del bravo Romancero, ¡sin ensueños, sin risas, sin llantos, sin canciones...!

Vierte siempre en mi copa gotas envenenadas de tus vinos, Locura: por aguas del Sentido Común no pasan góndolas del país de las Hadas,

y el sol brilla con rayo más noble en las palestras a donde van los locos, esos locos que han sido los grandes forjadores de las obras maestras.

XII. El espíritu frívolo

Si muerdes la manzana del amor que las horas
te brindan, saborea su jugo y no analices
muy hondo las virtudes de esas frutas felices
que tienen superficies que son tan tentadoras.

Aprende ciencia fácil de calandrias cantoras,
de duendes y de brujas, de vinos con matices
en que brillan luciérnagas traviesas, de tapices
que rozan piecitos leves de danzadoras.

Si buscas el oasis, procura hacerte dueño
de un espíritu frívolo, juguetón, que no intente
disecar la libélula de rosa del ensueño,

la rosa de los senos nupciales de la musa
que animó tus poemas: — inopinadamente
puedes hallar en ellos el rostro de Medusa —.

XIII. La visión de los helenos

Vagaban una vez los más gloriosos cantores de la Grecia por la margen del nativo Archipiélago. Llovían del cielo sobre el monte y sobre el agua vivas rosas de luz. Se recogieron los mancebos febriles á la sombra de una viña en sazón, y con las uvas refrescaron sus labios. La suprema serenidad del día, los temblores del seno de la tierra, recibidos en la delicia de la vid, tocaron el fondo de sus almas, y entre todos el más fuerte, el más bello, Anacreonte, vibrador como un arpa, irguió la diestra y un don precioso demandó al Olimpo:

La posesión del Ideal.

Subía

la súplica á los dioses como ascienden las palomas al nido...

Libre y casta,
sencilla y formidable en la frescura
inmortal de su sér, Anadiomena
surgió del mar entonces, y los Griegos
gozaron sobre el seno de la Diosa
de un sueño en que rondaban por sus frentes
musicales los pájaros azules
del Arte, del Amor y de la Vida.

XIV. Doctores de férula y silicio

Vuestros libros atendían, mercaderes de alquimia
picante de amargura. Sois acogotadores
de nucas femeniles y teméis los fulgores
del sol que le previene la vid a la vendimia.

Para burlar la bruja que os puso tanta nimia
caquexia en el cerebro, conoced los clamores
del bosque matutino y aprenderéis valores
de fuerzas generosas y de verdad eximia.
Idos por el sendero de la luz a los mares
del amor y la vida, metodistas del llanto
filosofal, mandrágoras marchitas de pesares,

y allí cabe el milagro sin par con que conjura
la Tierra a sus creyentes, habréis de dar un canto
que sepa a sangre roja y a jugos de locura.

XV. Leyenda de la ciudad de los sueños

Cuentan crónicas viejas cómo una mariposa
que volaba en un viento sutil de primavera
pasó por el cercado de un montañés que era
sencillo y que decía sus plegarias en prosa.

La mariposa fúlgida pasó como una rosa
movida por los genios, pasó de tal manera,
que arrebató al fornido gañán a una ribera
en que existe una vasta ciudad maravillosa.

Era en el plenilunio. Vibraban argentinas
campanas en los vientos y se veía un mudo
desfile de doncellas rondar por las colinas,

mujeres que, con labios ungidos de beleños
ideales, besaron al gañán — que no pudo
abandonar ya nunca la Ciudad de los Sueños —.

XVI. El beso del retrato

Estaba de pie muy pálida
delante del tocador,
se puso el corsé de raso,
una falda de un color
crema y lis, y en el cabello,
una cinta y una flor.

Se puso polvos, perfume
de opopónax, y un collar
de perlas — según un bardo
en el fondo de la mar
fabricado en los talleres
de un caracol singular—.

Bajo la luz tembladora
que desparrama el quinqué,
sobre una mesa a la antigua
de recio nogal, se ve
un retrato desteñido
de un color de rosa-té.

Tendió la mano, en los ojos
le resplandeció la luz
de un recuerdo inextinguible
y con su labio andaluz
sobre el labio del retrato
trazó la hermosa una cruz...

Horas después en el baile,
al compás de un rigodón,
sentía que el beso frío
del retrato de cartón

le bailaba un baile lleno
de angustia en el corazón.

XVII. Los pareados de tu persona

Si el vuelo de mi Musa veraz no me abandona
diré los pareados que tiene tu persona

persona palpitante de ritmos tan soberbios
que temo por mi dulce tranquilidad de nervios...

Tienes un pareado productor de sonrojos,
gran revolucionario y anarquista, tus ojos,

bajo el cabello muestras dos versos peregrinos
como dos sonrosados caracoles marinos.

Tus labios son dos rimas de manera rara
predilecta del gusto de Don Juan de Mañara

Un par de alejandrinos, tus brazos, son galana
muestra de lo que puede la musa castellana.

Luces un par medido con todos los amenos
detalles de un artífice de Bizancio, tus senos.

En tus manos un dístico de suavidad inicia
las romanzas que enseñan un modo a la caricia.

Son dos endecasílabos formidables, dos fieras
cogidas en la malla del traje, tus caderas.

A través del prestigio de las medias caladas
tus piernas son dos ritmos del libro de las hadas.

Si hay rimas como un pecho de paloma, sencillas
estancias pecadoras, esas son tus rodillas.

Una pareja fácil, tus pies, sabe a un idilio
que está en los encantados jardines de Virgilio.

Eres un gran tratado provechoso de estética
con reglas admirables de forma y de fonética.

Y yo, que a tales cosas soy muy aficionado,
me prometo leerlo con especial cuidado.

XVIII. Sor Margarita de Tracia

¡Oh Sor Margarita, natural de Tracia!
para el mundo fuiste rosa de la gracia;

colegiala que hizo muchas experiencias,
para hacer más tarde, muchas penitencias;

modelo de raza sugestivo y bravo
de quien todo mozo fue amador y esclavo.

Hoy en el convento, gentil dogaresa,
por amor á Cristo te hiciste abadesa.

Lo dejaste todo bajo los alares
nativos: la gloria de los azahares,

el corsé de raso... No ya en los festines
regirán tu planta los raudos violines.

— Se quedó el poeta para hacer ahora
un, ramo de lirios a la nueva priora —.

Todo en ti se viste de un místico encanto,
tienes todo ungido por el crisma santo:

la nuca, los dedos, la sien, la blancura
de los piecitos hasta la cintura...

Pero tienes una, tienes una cosa
sobre el misticismo muy pecaminosa;

residuo glorioso de la antigua fuente,
lo trajiste al claustro distraídamente,

para herir lo grave de los blancos lirios,
para herir lo blanco de los graves cirios,

para herir la calma: mirlo del convento,
a las monjas silba ruidoso y contento;

y anda echando verbos, rimas y refranes
entre las salmodias de los capellanes.

Es un punto rojo, bajo el alba toca:
es la flor terrible de tu linda boca.

Esa no es de Cristo, eso fue que el Diablo
sensual, á la cara te lanzó un venablo,

porque, cuando rezas, entre tentaciones,
incendiadas surgen tus suplicasiones;

y entre las cortinas del ara vetusta,
con ensalmos táles la Virgen se asusta.

¡Oh! Sor Margarita! Gentil dogaresa,
que con tanto ahínco te hiciste abadesa,

cúrate esa herida, porque habrá una cosa:
¡que te sustituyen por escandalosa!

XIX. Figurín

Cuando paseas la finura
sugestiva de tu figura

por la avenida, bien se ve
que ya no llevas el corsé

modelador bajo el linaje
muy particular de tu traje.

Tu indumentaria es de una lisa
naturaleza muy concisa

que no consiente prenda alguna
de prominencia inoportuna

en la ascensión al ideal
de tu síntesis personal:

justo la media tenue de
seda bajo la falda que

se afirma aprieta en perfil
atentatorio del cuadril

y nada supernumerario
— ni siquiera un escapulario —

Tengo grave inquietud por ti,
por tus divinas formas, si

no te pones un algo más
sobre tus prestigios te vas

a morir muy pronto, el calor
se te escapa del interior

y las navajas de los fríos
te van a cercenar tus bríos

antes de ejercitar tu fuero
de retraer, con un sincero

modo de elegancia muy nueva,
el traje de nuestra madre Eva.

**XX. Si hubo manos gloriosas
(Inédito)**

Si hubo manos gloriosas
que alguna vez emponzoñó un veneno,
¿el enojo por qué? ¿Si han sido rosas
alguna vez de cariño llenas?

La herida de esas manos es martirio
en que pudiera florecer un lirio

Bañemos nuestro amor en las amenas
fragancias de esas manos palatinas
alguna vez para el dolor tan buenas,
y entreguémosle al seno
del olvido el veneno
de la rosa, imposible sin espinas.

XXI. La marquesa de San Blas

Heredera del castillo
de un señor de horca y cuchillo,
la marquesa de San Blas
fue una loba enardecida
que en las horas de su vida
rezó mucho y amó más.

Muchas cosas se han contado
del brillante marquesado
de esta joven señorial,
se han contado muchas cosas
estupendas como rosas
de un jardín primaveral.

Fue muy guapa la marquesa,
muy cumplida y muy traviesa,
muy sesuda y muy mujer,
muy devota y muy pagana,
muy señora y cortesana
de la corte del placer.

Fue una moza decadente
por lo dulce y vivamente
que trató con el amor
por lo rara en la manera
de llevar la cabellera,
por el porte y el color.

Todo en ella fue notorio:
sus caderas, su abalorio,
su arrendajo y su mastín,
sus decires, por picantes,

sus meneos, sus diamantes
y sus botas de satín.

A sus manos de patricia
sanguinaria, a la delicia
de sus labios y a su pie,
trovadores magistrales
escribieron madrigales
en la seda de un corsé.

Por herencia muy cristiana,
una vez en la semana
confesaba al padre prior
sus pecados y volvía
en seguida a la porfía
de pecar con más amor.

Así andaba la marquesa,
campeante en su calesa
de la ermita al cabaret,
fabricando mezcolanzas
muy curiosas de romanzas
y oraciones hasta que...

una noche en una fiesta
en que estuvo muy apuesta
con disfraz de dominó,
de repente alguna cosa
desquiciósele y la hermosa,
la marquesa, se murió.

XII. Amonestaciones de un sabio de los mejores tiempos

*De los folios de un precioso pergamino, ilustre vejez
tradujo las siguientes amonestaciones que un sabio de los mejores
tiempos hace a un discípulo suyo que empezaba
a ser poseído por una preocupación muy grave acerca de las causas y
efectos o de los principios y fines que actúan en los dominios del amor.*

“Si por tus caminos y por tu ventura,
en el árbol verde
que en la gran llanura
del amor se pierde,
das con la manzana
madura,
sabrosa y lozana
cógela si puedes, con mucha finura
y goza los días de tu edad temprana.
Las uvas del vino
bermejo que toca
la boca
con sabor divino
y después provoca
placeres y audacias. Voces argentinas
del viento y del agua. Plafondos
sin fin de verdura
vibrante de besos solares. Dos senos redondos
como dos colinas
de nardos y lirios. Frescura
geórgica y pura
que el pulmón abrevia. Flauta y melodía
de un pastor que guía
siete cabritillos hacia la pradera

liberal. Lo grave,
lo suave
que tienen los pasos de la media noche. La brisa
parlera
que sabe
tan dulce secreto de idilio. La risa
de unos labios locos con la primavera...
Estas son las flores
que te da la vida
para que decores
la ruta escondida,
Recoge tu parte y ábrete al gran viento
que viene del amplio país del contento.
Ve siempre a las cosas
como a las preciosas
esclavas
de tu sentimiento
y no les apliques las máquinas bravas
que en el entendimiento
formó con las clavas
de filosofías
amargas, tortuosas, rebeldes y vacías.
He aquí la sana
fórmula pagana:
VIVIR Y SENTIR.
SENTIR Y VIVIR”.

XXIII. Quietud

De pie sobre el estrado florido que decora
tu mansión de neurótica genial, como un modelo
sugestivo, estampabas la curva inquisidora
de tu flanco, en el fondo crepuscular del cielo.

Tus miradas caían duras sobre la hora
sumisa, y emanaba en torno á ti un anhelo
de la muerte. No fuiste allí la inquietadora
que demandó á las águilas la facultad de un vuelo;

Eras lo inconmovible: la bata te envolvía
como envuelven un friso los brazos de la hiedra;
eras triste: de codos sobre el borde de piedra,

y el mentón en la palma de la mano, fingía
tu gloriosa cabeza de patricia un relieve
de la Frialdad, tallado sobre una flor de nieve.

XXIV. Dos bocas

I

De la carne del higo y el color de la cera,
tocados de un ligero matiz de nácar, era

formada aquella boca para las bendiciones,
para entonar salmodias y decir oraciones

por la paz de la priora, por la paz del mendigo
que no encontró en su senda ningún alero amigo.

Boca de corderilla melancólica y tierna,
entreabierta en el dejo de una súplica eterna,

quizá tocó unos bucles, sobre la sien de un niño,
los sayos monacales, el cuello del armiño,

el dorso de una mano pontifical, la hiedra
suspensa en una sepulcro, de un áncora de piedra,

las azucenas candidas... Sólo probó del vino
que manó del costado del Cordero divino.

Cuando con las auroras aquel labio se abría
a recibir la blanca, nupcial eucaristía,

temblaba como el cáliz de un loto que en la altura,
bañara un mar en calma de infinita dulzura.

Aquella fue una boca que no llegó hasta el mundo,
una flor solitaria de un aroma infecundo,

hermana de la nieve del monte y de la bruma,
del plumón de la garza, del lino y de la espuma,

que fue la pregonera del cenobiarca hambriento
que con las manos trémulas, así el maná del viento,

de la regla monástica de unos buenos doctores,
de la unción admirable de los predicadores,

Que perdonó mil veces al discípulo odioso
que traicionó en Judea al buen Nabi, el esposo

de las místicas puras, á quien aquella boca
vengara de los hombres en una frase loca,

cuando le ungió con ósculo piadoso, las divinas
heridas de los clavos, la lanza y las espinas.

El sér de aquella boca, con su ferviente anhelo,
cuando dejó su cárcel, se fue volando al cielo.

II

Cantaba en aquel labio su prestigio la rosa,
sobre una fresca pulpa y una sangre ardorosa

que circulando en ondas, bajo la comisura,
denunciaba el ahínco de una ignota aventura.

Llena de contracciones, de sonido y de nervio,
con un sabor insólito y un contorno soberbio,

la lengua entre los bordes del labio, era una linda,
llamarada encendida á través de una guinda,

que revolvió la fuente de la quietud austera
de un mártir que en un antro cuidaba de una fiera,

y produjo en la tribu, con su aguda caricia,
turbaciones sin cuento de dolor y delicia.

Era una boca digna de calumniar á un santo,
de ofrecer al espíritu de las gracias un canto

perfumado con sérpol, con uvas griegas, digna
de ser procaz y cáustica, charladora y maligna,

de estar muy fresca siempre, para manos reales,
para el cuello de hermosos sultanes orientales,

digna de ser perjura, de poner un vocablo
en el romance inédito de las gestas del Diablo.

Cuando entonó aquel labio, con el poder de un bronce
Al mundo el epinicio del bravo amor, entonces

se alborozó la vida y lo encomió un esteta
y fue la pesadilla perenne de un asceta.

Aquella fue una boca que acarició los flancos
de veinte reyes negros y cien mancebos blancos,
que se bebió la risa y anhelaba un exceso:
el jugo de la sangre de otro labio, en un beso;

los filtros de una bruja de Oriente; los panales
de una abeja exquisita, libadora de males;

muchos frutos exóticos; una adelfa lozana
y el borde de la lengua de una tigre africana.

El ser de aquella boca pecaminoso y tierno,
cuando dejó su Alcázar, se encaminó al infierno.

XXV. El poeta

pide añoranzas a su amada

*Hermosa: recordemos, al son de tu guitarra,
aqué! aire nativo de tu país que narra
la historia de un amor.
al roce de las yemas nerviosas de tus dedos,
que surjan de las cuerdas, en blandos trinos ledos,
delirios de pasión.*

*En fervorosa súplica, pídele al universo
que te dé la armonía de la noche, del verso
del pájaro á la luz;
y empieza en un acorde tan tenue que se esparza
del cordaje á mi frente, como cruza una garza
por la muda quietud.*

*Después, en cien arpegios, despierta muchas cosas
que guarden los desbordes, las fuerzas misteriosas
de la pasión sin fin.
Atemos nuestras vidas con invisible nudo,
llevemos el recuerdo, mi bien, como un escudo
que venza al porvenir.*

*En el primer arranque, traiciona tus secretos
y vuelen de tu alma, vibrantes, indiscretos,
al dulce diapasón.*

*Lo que te dijo el beso de miel, la lamparilla
que lame el tibio lecho y en tus espaldas brilla
con temblores de amor.*

*Intactos, de otros días, devuélveme en tus notas
la playa con el barco, la banda, de gaviotas
que avanza lenta al mar;
tus sollozos de histérica, y en el propicio buerto
las citas de Diciembre, bajo del palio abierto
del verde platanal.*

*Aquella rara anécdota que nos contó la abuela
una tarde en familia, la alegre cantinela
del pueblo en tu país.
el verso rojo y blanco que en tu sonrisa canta;
la espejular negrura que en tus ojos levanta
un abismo ante a mí.*

*La luna recatada tras los juncos del lago,
las dulces navidades campestres con su balago
¿Tornarán otra vez?
repite siempre el aria que al corazón se acoja,
el canto que se esparce cual lluvia fresca, y moja
del soñador la sien.*

*Devuélveme aquel último deliquio de una noche;
la sollozante gruta donde alumbraba el broche
de cera de un jazmín;*

*los rosados rumores de una apagada aurora;
el chafar de la yerba, que la tarde colora
de naranja y zafir.*

*¡Qué blanda tu guitarra sonó entonces á mi oído,
cuánto amoroso arrullo, cuánto fresco sonido
lanzó á mi corazón!
¡Ah! ¡Si pudiera siempre vivir de aquéllas horas,
vivir de la reliquia que hurtaron las sonoras
cadencias de tu voz!*

*Todas las cosas blancas que en el pasado viste,
recógelas, hermosa, de tu instrumento triste
en el cordaje fiel;
con ellas forma un cántico fácil, libre y lozano.
con mieles, vino, leche y olores del lejano
terruño del ayer.*

XXVI. Encarnación

*Dialogan el poeta y la musa de un abate
doctrinado en un antiguo sanbedrín de retóricos.*

— Mancebo: ¿abandonaste las tigres, el santuario
del lar de tus florestas?

— Yo busco por el orbe la religión, el culto
de la mujer que el alma de la pasión encierra.
Mas dime: ¿tú quién eres?
da frío tu presencia.

— Yo soy la hija triste de los hielos del norte,
esposos de las nieblas,
que vagan en la noche diciendo quejumbrosas
salmodias funerales á sus hermanas muertas.

— En las noches azules
de mi país nativo, bajo las amplias ceibas,
al son de las bandolas
de pájaros y fieras,
se oyen las carcajadas
que dan mis cantinelas.

— Amada de los osos, exangüe estatua muda,
bajo las ruinas viejas
de la ciudad sin flores,
de la ciudad que pueblan
inmóviles palomas
con las pupilas muertas,
que no han mirado nunca, dormito ambicionando
volar de la tiniebla
al bosque de la vida, allá donde colora

la joven primavera
el labio y los cabellos, donde extienden los brazos
los vates peregrinos á recibir la llena
exhalación, la llama
de los soles vibrantes, luminosos, que llegan
á decir al espíritu
las páginas ocultas en la naturaleza.
Y dime: ¿en dónde guardas aquel estilo raro,
en dónde está la fuerza
para tejer la frase, para encarnar el numen
así con esa extraña sinceridad, con esa
intuición, que parece
que las cosas vinieran
á formar con sus nautas jubilosas ó tristes
la armonía que cantan en el verso las letras?

— He mezclado en mi copa
unas gotas del jugo de la uva de Grecia
á la cálida sangre
de la vid de mi tierra
para guardar intacta la juventud del canto:
empapados en esa
milagrosa mixtura, surgen mis devaneos
y mis dolores, vuelan
libres como el milano
de las rocas y enhiestas,
los recojo en seguida con la red de la estrofa
transparente, profunda, cuál recoge la niebla
bajo el éter radioso
los pálidos contornos, las aposturas trémulas
de la Venus desnuda;
y pulo las estrofas pensando en la tristeza
de los cilicios ásperos
pensando en las intensas
fruiciones de una carne sensitiva y alegre...

y en la página empiezan
á lucir los detalles, á ondular como el dúctil
cuerpo de la culebra.

— No comprendo ese modo, ni tu raza, de vates
misteriosos que mueren de placer y de pena
abrazados a un mármol. En mis hondas quietudes,
á mi pecho no llegan
los éxtasis, la fiebre de los furores santos:
soy novia de un poeta
que ignora los detalles, que las sílabas unce
al ritual del maestro de las rudas cadenas,
del maestro que maja
con martillo de piedra
y después estrangula
las instancias, que quedan
en el libro entumidas
como vírgenes muertas.

— Escucha: allá en los bosques de los ocultos númenes,
de mi nativa tierra
bajo el azul fecundo,
haré temblar tus labios, desfallecer tus venas
con esa sangre virgen candente que en un beso
reconcentró la vida, improvisó un poema.

— Entonces te amaría con un amor sin nombre...
para hacer en tu selvas,
bajo las palmas libres, la religión, el culto
de la mujer que el alma de la pasión encierra.

XVII. El canto del felibre

*En Tolosa, en medio á los arrayanes y tamarindos
que embellecían los jardines del Colegio de la Gaya Ciencia,
cinco trovadores de Provenza dialogaban acerca de sus sueños
de amor y de gloria, una tarde, víspera de los Juegos Florales.
Entre ellos, el más joven, un poeta a quien sus compañeros
apellidaban por antonomasia, el Felibre, irguiéndose
con dignidad profética, dijo así, bajo las frondas
aquietadas ya por el misterio de la noche novilunar:*

“Escuchadme, cantores ilustres de Provenza,
laureles memorables habrá para el que venza

mañana en el combate que rige la Harmonía
y esos gajos helénicos que brotaron un día

por gracia de los dioses, cuando vienen de mano
de la amada, consagran con timbre soberano.

Poetas, sois los númenes de mujeres muy bellas,
prototipos de diosas y ejemplares de estrellas.

Mas yo os digo, mancebos, que la que mi alma adora
nació de aquella madre de quien nació la Aurora;

jamás sobre la tierra pesó mejor criatura,
mujer más blanca y forme, mujer más noble y pura;

copa oriental de mirra, ciudadela de oro,
garrido lis de plata, fresco pensil canoro,

don de la primavera jocunda, si se mueve,
se mueve entonces un algo de rosas y de nieve;

perfuma como el bálsamo que vertió Magdalena
sobre unos pies divinos la tarde de una cena.

Sus ojos me turbaron; parlera luz vibrante,
fue menos dulce el agua que ayer un caminante

devoto de las Islas del Sol, con su rocino
bebió, bajo un viñedo feraz de un rojo vino.

Sus brazos son el pálido nenúfar que en Judea,
como a un niño mimara Jesús de Galilea;

brazos con unas manos tan sutiles, que alguna
noche pasó por ellas un rayo de la luna.

Aljófar de los verdes jardines de Ecbatana,
sangre de Anadiomena, frescor de la mañana,

todo ésto está en su boca y en su cabellera,
río donde hace mucho boga, amor y espera.

Ella es la que he soñado, la ninfa del Carmelo,
la matutina alondra feliz bajo mi cielo;

Por ella he sido intrépido, por ella soy un libre
derrochador de mis rimas galantes, yo, el Felibre.

Salgamos al palenque del Arte, contendores,
con la liras ornadas de un símbolo de flores

cogidas en las vegas donde los menestrales
amaron a las lindas pastoras provenzales,

Y han de surgir los versos, avaros de la altura,
tibios del cadencioso nido de la ternura.

Yo vestiré la púrpura real como un emblema,
para rimar los altos metros de mi poema,

y vaciaré mis ánforas de ensueño en concordancia,
millonarias de música, urdidas con fragancias,

con aceite de lirios, con esencia escogida
del corazón, con sangre de la flor de mi vida.

Yo soy aquel Felibre que ha de probar tristeza
sin cuento por la santa causa de la Belleza;

más á todo me entrego con tal de que consiga
lanzar sobre la meta del triunfo mi cuadriga,

y verán á mis amigos, clamorosos y fieles,
ofrecer a mi novia un haz de mis laureles.

Mañana cuando empiece, profunda y juguetona,
a recoger luceros del agua del Garona,

llamaré con un aria de unción a mi Destino,
y por entre las rosas profusas del camino,

acudiré al torneo de los Juegos Florales
á conquistar, por ella, coronas inmortales,

y a poner en un campo de azur, cabe el decoro
del cisne de mi escudo, la Violeta de oro.

...Y si he de ser vencido... ¡trovadores, que vibre
el último lamento del último Felibre!”.

Índice

PROEMIO	7
I. Dualidad	11
II. Consolatrix afflictorum	12
III. Jaculatoria	13
IV. Jaculatoria	14
V. Jaculatoria a Deméter	15
VI. Liturgias de la tierra - Salmo del buen hijo	16
VII. Carcelero	17
VIII. Elogio de la curva	18
IX. La leyenda del oro	19
X. Buen humor	20
XI. Santa locura	21
XII. El espíritu frívolo	22
XIII. La visión de los helenos	23
XIV. Doctores de férula y silicio	24
XV. Leyenda de la ciudad de los sueños	25
XVI. El beso del retrato	26
XVII. Los pareados de tu persona	28
XVIII. Sor Margarita de Tracia	30
XIX. Figurín	32
XX. Si hubo manos gloriosas - (Inédito)	34
XXI. La marquesa de San Blas	35
XXII. Amonestaciones de un sabio de los mejores tiempos	37
XXIII. Quietud	39
XXIV. Dos bocas	40
XXV. El poeta pide - añoranzas a su amada	44
XXVI. Encarnación	47
XXVII. El canto del felibre	50

Parte de su obra fue publicada póstumamente bajo los títulos *Liturgias de la tierra*, (1999); y, *Cuadernos*

Sus cenizas reposan en la necrópolis de su ciudad natal; en ella también hay un parque que lleva su nombre, y allí se yergue, desde el 4 de julio de 1980, un busto conmemorativo que lo representa.

El 25 de agosto de 2022 la Nación, a través del Ministerio de las Tecnologías y las Telecomunicaciones en asocio con la Empresa de Correos que opera bajo la marca 4-72 emitió en Cúcuta un sello postal en su honor, junto a otros ocho poetas nortesantandereanos, que fueron incluidos en la serie *Personajes colombianos de todas las épocas*.

“La llaneza de su trato, amable, culto y sencillo, desnudo de toda afectación, le conquistaron el cariño de cuantos le conocieron y trataron. Fue así como supo hacerse perdonar su superioridad ocultándola cuidadosamente (...)

Tres fueron las características personales de Valencia: su consagración al trabajo; su amor al campo, que se trasparenta en las *Liturgias de la tierra* y su amor al arte: las dos primeras quizás fueron impulsos de la sangre, aficiones heredadas”.

José Beatriz Camargo

"Jamás cantor alguno fue menos romántico y sensiblero que éste. El 'mal del siglo', con sus acedias dolorosas, sus aspiraciones a lo imposible y su consiguiente tanatofilia, le es totalmente desconocido. La risa tonante que pasa a través de sus estrofas haría huir a todos aquellos fantasmas impuros, hijos de la neurosis y la locura. Pletórico de savia espiritual, quizás de allí procede el paganismo del esclarecido autor de *Liturgias de la Tierra*; tal vez de allí proviene el nórdico humorismo que resuman sus estrofas joviales. Sintiendo la energía superabundante que late en el planeta, su espíritu retoza ante el dionisiaco espectáculo de la Naturaleza y querría confundirse, con la madre que le ha trasmutado sus fuerzas primaverales".

Jorge Guillermo Leguía Iturregui

"Creo que el poeta debe contemplar la existencia y la naturaleza a través del cristal lucreciano del más puro y sereno optimismo. Siempre me ha parecido que la vida es más pródiga en los colores risueños y jocundos de la alegría que en las téticas negruras, caras a los fabricantes de las tristezas artificiales".

Pacho Valencia

